

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
VIII Jornadas Internacionales de Filología y Lingüística y II de Crítica Genética
La Plata, 21 al 23 de junio 2017

Título: Macedonio en el archivo
Ana Camblong – Universidad Nacional de Misiones

1. El discurso en el archivo

Nos internamos en el archivo de Macedonio y permanecemos en su taller de artesano de la escritura. Una continuidad del trabajo empezado, interrumpido, abandonado y a la vez retomado, constantemente retocado, tachado y agregado, muchos e infinitos agregados. En precaria síntesis intentaré mencionar algunas características de las modalidades de su escritura, condiciones de trabajo y materiales narrativos. En este sentido, lo primero que anotamos es su modalidad de lo que llamo “pensar-escribiendo”, un proceso continuo y a la vez interrumpido que se ejecuta con Pasión intensa, con Humor conceptual y una posición reflexiva que retuerce las paradojas de la mera existencia, la ironía y la crítica implacable. Confiesa el narrador de “Una Novela que comienza”: “En cuanto a este fracaso en el escribir, se debe a esta rareza de no poder escribir seguido, sin pensar en nada. Si yo hubiera pensado antes de escribir, lo que no es tampoco oportuno, apenas se notaría. Mas el lector me descubre pensando mientras escribo, nota estos intervalos de silencio y ya comprende que soy un pobre diablo –lo que sería preferible que no se advirtiera tan pronto- (1941, 29-30) En tanto que Macedonio, autor teórico y artesano escritor, explica en su texto *Crítica del dolor*: “No puedo dejar de ser todo lo que soy en todo lo que escribo; aunque escribiera sobre Derecho o sobre Higiene no puedo dejar de ser risueño, doloroso y metafísico.” (3,20) Estos mínimos testimonios sobre su trabajo intelectual y artístico, se plasman en un *ductus* discursivo de intrincada sintaxis, de cadencia conversadora con apelaciones intermitentes al destinatario y un matizado acento rioplatense, una impronta porteña que se manifiesta en el tono, no en giros dialectales. Su prosa singular e inconfundible enrarece las significaciones y desorienta las búsquedas de sentidos. Las pruebas se hallan a primera vista en cualquier anotación de sus cuadernos fragmentarios e interminables, en su correspondencia, en sus diarios, en sus poemas, en sus brindis, en sus teorías, en sus artículos, en sus ensayos y en sus relatos.

Su discurrir metafísico hasta alcanzar vuelo místico, su indomable sentido del Humor, sus digresiones y disloques narrativas, conmueven las limitaciones del lenguaje y mueven su mano en una escritura “trabajosa”, para el que la produce y para el que la recibe, tal como lo advierte en su poema de la Siesta: “Al lector: lectura de ver hacer; sentirás lo difícilmente que la voy tendiendo ante ti. Trabajo de formularla; lectura de trabajo: leerás más como un lento venir viniendo que como una llegada.” No caben dudas entonces: para leer a Macedonio hay que trabajar mucho y en eso estoy hace unos cuarenta años... He tomado nota de semejante recomendación y con modesto talante adopto también, una lectura artesanal, de vuelta y vuelta, sin términos de tiempos ni de cánones ortodoxos. Entro y salgo del archivo con despareja asiduidad y me instalo con silenciosa paciencia, con alegre admiración, con broncas de impotencia ante las increíbles dificultades que me depara el laberinto, sin embargo me recupero a cada paso pues retorna mi convicción bien plantada: Macedonio es la eternidad escrita.

Así entonces, vale la pena tener presente la conmoción lectora que desata su pensar-escribiendo: nos involucra en afecciones fuertes, nos abisma en trágicas-risueñas aporías y se vuelve posible experimentar “mareos estéticos”, un “sofocón almático”, la “todo-posibilidad” y el “almismoayoico”, propios de la Pasión. Hay que creer en ese intenso instante discontinuo, intermitente, relampagueante y a la vez invulnerable e irreversible que supone la abolición del ego. Esta frágil eternidad lectora, me acoge y me protege de males académicos y otras tristes contiendas; permanezco ahí, en ese archivo disperso, incompleto, saqueado, toqueteado, maltratado y usado de mil maneras distintas, devenido en mi espacio íntimo, estratégico y sarcástico.

Macedonio distingue en el “arte literario” “tres géneros puros”: la “Metáfora o Poesía”, la “Humorística Conceptual” y la “Prosa del Personaje o Novela” (III, 247), aunque en la práctica de su pensar-escribiendo los mezcla con entera libertad y desparpajo. En esta ocasión propongo enfocar la narrativa o “Prosa del Personaje o Novela”. Para este cometido me dirijo directamente a un texto iniciático en el que Macedonio hace sus primeras maniobras novelescas, tanto como lo revela explícitamente el título: “Una novela que comienza”, texto datado en 1921. En el arranque, el narrador enmarca el acontecer del modo siguiente: “He hecho recién, en la vida de hotel a que las vicisitudes me han traído, la amistad de un argentino, como yo, sin amor, como yo, de mi edad, como yo: cuarenta y

cinco”, es decir 1920, año de quiebre y punto de inflexión en la vida de Macedonio por la muerte de su esposa. Ahora bien, se podrá aducir que se trata de una ficción, no de un documento histórico. Argumento irrefutable que nos apuramos a acatar por su rotunda certeza. No obstante, este nimio detalle nos permite plantear una paradoja nodal en los relatos macedonianos: por un lado, se abomina del realismo, de los postulados de la representación mimética, del biografismo, de la novela sentimental, de los asuntos emotivos y dramáticos, y al mismo tiempo, se emprende una narrativa completamente incardinada en la vida cotidiana, en personajes reales, de amigos y conocidos, comprobables, con nombres y apellidos verdaderos, con acontecimientos biográficos fehacientemente constatables. Esta inextricable torsión de lo ficcional y lo real, de lo artístico y lo autobiográfico, de los artificios y la experiencia práctica, atraviesan toda su producción narrativa en un extenso proceso que puede comprobarse si se realiza un análisis integral del proyecto novelesco. En este proto-novelar que enfocamos ahora, se hallan nítidos ejemplos de esta característica materializada en procedimientos que con el transcurrir de los años, se fueron volviendo cada vez más elaborados y sofisticados. En este punto me parece atinado mencionar algunas reflexiones de Piglia (2015), conspicuo lector y seguidor de Macedonio, cuando dice: “Pienso que un cuento parte de una situación y una novela parte de los personajes. (...) en *Respiración artificial*, tenía los personajes antes de construir la historia. Y el punto de partida también fue autobiográfico. El personaje central está inspirado en un tío que, según el mito familiar, se había fugado con una mujer de mala vida y del que se contaban historias fantásticas. Y ese fue el punto de partida de la novela, el personaje.” (87-88) y respecto de su otra novela, *Blanco nocturno*, ratifica el procedimiento: “Digamos que es una historia familiar, muy ligada a la historia de mi familia. Ese sería el punto de partida autobiográfico.” (90)

El mundo ficcional de la “novela que comienza”, original y extravagante como todas sus creaciones, registra la perplejidad de Macedonio, reciente viudo errante de pensión en pensión, al descubrir estos modestos ambientes, refugio del medio pelo urbano que su condición patricia desconocía completamente. Su mirada en continuo asombro observa no solo costumbres, olores, vestimentas, horarios, comidas, etc., sino también “personajes” con historias que nunca había escuchado y en particular, se encuentra con un universo femenino humilde, pleno de grandeza, dignidad humana y dolor trágico. El relator

reflexiona profundamente sobre lo que implica “ser mujer” en soledad, en la adversidad económica, en el desamparo social. Hay una conmoción impresionante ante la experiencia directa de acercarse a una muchacha en situación crítica. Dice el narrador testimonial: “Conozco una mujer. ¿Conozco una mujer? Si: conozco una mujer joven, bella, amorosa, generosa, condolida, desventurada, trágicamente sellada en la existencia, con su soñar robado a los dieciocho años... Pobrecita, herida criatura, ¡cómo te han quemado! (...) Continuaré, pensando en ella y escribiendo esto que se me encarga.” (28) La obnubilación enamorada ante el aura femenina y escribir, son un solo impulso apasionado que va amalgamando lo narrativo con el pensamiento, con lo poético, con la experiencia estética y con el sentido del humor que enhebra dislates conceptuales por doquier.

Resulta posible cotejar la cortesía erótica, la delicada ternura compasiva y apasionada que despliega esta “novela que comienza” dedicada a una pobre chica de Buenos Aires, con el monumento cumbre que levanta a su gran amor de la madurez, la egregia dama Consuelo Bosch de Sáenz Valiente; contraste metafórico que podríamos ejemplificar con una portada que anuncia “La nueva obra literaria de muy próxima publicación en cuya tapa se leerá NOVELA DE LA ETERNA y la NIÑA DE DOLOR DULCE-PERSONA DE UN AMOR QUE NO FUE SABIDO” (51). Téngase en cuenta que esta portada de personajes femeninos en espejo poético-narrativo, se incluye al final del texto de “La novela que comienza”, publicada en 1941, en Chile, por Alberto Sánchez.

Desde esta perspectiva, parecería que Macedonio es el gran narrador enamorado, el No-Existente-Caballero fulminado por la Pasión, que sale al inconmensurable espacio del pensar-escribiendo en busca de aventuras de Belarte en honor a sus damas. En realidad, sabemos que Macedonio, sutil seductor de cortesía extrema y charla deslumbrante, encantador por su genialidad delicada y pudorosa, se retira al silencio de su improvisado taller para elaborar textos que involucren a sus relaciones amorosas: mujeres, amigos, familiares. La escena de la escritura precaria y despojada, la describe del siguiente modo: “Puedo asegurar que estoy tan triste mientras escribo encerrado en habitación inadornada, sin nada que llame o acompañe, esta pieza que nada me dice, solitario a estas hora del anteamanecer en que todo habla de extenuación.” (25) En este escenario intenta apropiarse de la Vida para defenderla con relatos y chistes. Con esta maquinación semiótica logra mantener consigo, en perpetuo instante, a personas íntimas devenidas en personajes eternos.

Por esta vía, incluye en sus textos, con nombre y apellido a Borges, a Marechal, a Scalabrini Ortiz, a los hermanos Dabove, etc. luego en algunas intervenciones posteriores tacha y cambia los nombres, tanto por preservar a la persona real, como por ratificar la transmutación en “Personaje de novela”. Por ejemplo anota en la portada del manuscrito “por si me muero” (1938) y dicta a su hijo la siguiente consideración: “Suprimir en todo el libro los nombres de César y Santiago (Dabove)”. Estas instrucciones a su colaborador eran muy comunes y los documentos están plagados de anotaciones de Adolfo de Obieta, su hijo menor, quien no solo tuvo la noble paciencia de acompañarlo siempre en sus interrumpidas y continuas tareas de escritura, sino que ha asumido la enorme responsabilidad de salvar el valioso archivo del olvido y la destrucción.

2. Avatares del nombre propio

Retomamos el tratamiento del nombre propio, puesto que en “La Novela que comienza” aparece la protagonista de esta saga, ISOLINA, literalmente presente en todos los documentos previos a 1938, año en que Macedonio se dispone a publicar ambas novelas, la “última mala” y la “primera buena”, por tanto no solo recorre, retoca y corrige todos los materiales, sino que tacha el nombre propio y lo reemplaza por el de ADRIANA. Por otra parte, en el texto que “los amigos del autor” incorporan al umbral de *Adriana Buenos Aires*, explican lo siguiente: “lo que nos interesa es atajar para convencer al público que Adriana es el más alto valor humano que respira en Buenos Aires –hasta el punto de inventarle por apellido el nombre de nuestra querida y poderosa ciudad” (V, 10). Este comentario, por un lado, revela los juegos y bromas con amigos que conocían el proyecto novelesco de Macedonio, y por otro, la efectiva intervención de ellos en las decisiones que va tomando el Autor en los desarrollos de su “Prosa del Personaje”.

Ahora bien, para certificar la existencia real de esta muchacha de Buenos Aires, acudo a las investigaciones de Carlos García, especialista en epistolarios y redes de contactos entre artistas de las vanguardias históricas iberoamericanas, quien vive en Hamburgo, Alemania, y con quien mantengo intercambios de información y comentarios. En su excelente libro *Macedonio-Borges. Correspondencia 1922-1929*, anota a pie de página: “La persona real que sirviera de base a “Isolina” se llamaba Celina Candreva (Kandreva) Lamac. Su familia era oriunda no de Albania, como Macedonio da a entender

en su texto, sino de Cosenza (Italia), y profesaba el catolicismo “del rito griego”, sus antepasados paternos sí provenían de Albania. Macedonio la conoció, según he averiguado mediante testimonio inéditos de hacia 1922, en abril de 1921.” (2000, 53) Tras consignar distintos domicilios y números telefónicos de esta joven mujer, agrega García, “su hijo se llamó realmente Sergio, como en *Adriana* (169).” En esa misma nota aporta otros datos precisos sobre otro personaje de “La Novela que comienza” mencionado como “R.G.” en el texto publicado y que García considera que se refiere a Rómulo Gómez, al tiempo que registra una serie de datos que acreditan su aseveración. Existen otras huellas, informaciones y detalles que ahora no vienen al caso para evitar la saturación, sencillamente hemos elegido a “Isolina” para seguir un personaje emblemático que fue transformándose, no solo en el nombre, sino en las funciones y desempeños que cumple a lo largo del extenso proceso novelesco de escritura.

Al respecto, comenta Piglia “No voy a decir que yo lo inventé, ojalá: la ficción del nombre. Construir algo a partir de la ficción del nombre. (...) Y también lo que arrastran los nombres como relato. (...) la cuestión de la ficción del nombre siempre me pareció muy importante en la relación entre la verdad y la ficción. Es decir, también allí, donde estaría el lugar de la autenticidad, se podría construir un espacio incierto.” (110) La lógica de la ficción se apodera del dato, lo procesa, lo transforma y lo convierte en una auténtica ficción refrendada por la lectura. Dice el narrador en el inicio de “Una novela que comienza “y ojalá así como soy de verdadero sean de crédulas las persona que se detengan a escucharme. Los hechos, datos y los deseos de mi amigo y míos que se exponen son reales. Todo es verdad aquí, si nada lo es en el alma de quien descuida regar su sueños, mimar su esperanza.” (25)

Este verano, 2/enero/2017, García nos informa a un equipo de macedonios integrado por Daniel Attala (Lorient, Francia), Gabriel Sada (Tigre, Argentina) y yo, el hallazgo de un dato que podría resultar interesante para nosotros. Se trata de una revista denominada *Imán*, publicada en Paris, 1931, fundada por Elvira de Alvear y cuyo Secretario de Redacción fue Alejo Carpentier; al mismo tiempo nos comenta que ya se había recopilado el material para el segundo número planificado para el año siguiente 1932. Entre los materiales anunciados se contaba con una colaboración de Macedonio y un artículo de Alberto Hidalgo. Este segundo número nunca se publicó pero los materiales se encuentran

conservados en el archivo de la Fundación Alejo Carpentier, en La Habana, Cuba. Cabe aclarar que en este momento García investiga y prepara un epistolario entre Macedonio Hidalgo, de manera que este hallazgo fortuito ha disparado nuestra curiosidad mancomunada.

Se sabe que el manuscrito de “La novela que comienza” según lo atestigua Obieta, “es copia de un manuscrito entonces en poder de Alberto Hidalgo, cuyo destino se desconoce.” (VII, 11) En este sentido cabe mencionar una carta de Elvira Martínez de Hidalgo, esposa del poeta peruano, a Macedonio, Lima, julio 13 de 1931, en la que le comenta “He sabido por Elvira de Alvear que usted tiene tres mujeres- ¡Mal hombre!” (II, 378)¹ Pasamos por alto la broma que no hace más que insistir en sus relaciones exitosas con las mujeres, para tomar nota del encuentro de la señora Hidalgo con la fundadora de la Revista *Imán*, el mismo año en que sale el primer número y la posibilidad cierta de que Hidalgo le haya entregado el texto de Macedonio. También traemos a colación una carta de Macedonio a Hidalgo, 11/enero/1938, en la que dice lo siguiente: “he pedido a mi hijo Adolfo que se dé el gusto de entrevistarle y le solicite manuscritos míos que usted pueda tener...” (II, 97) con lo que se refrenda el hecho de que Hidalgo tenía manuscritos de Macedonio. En fin, estos escasos indicios alentaron nuestro entusiasmo ante la posibilidad de acceder a nuevos-antiguos documentos.

Me hice cargo de la búsqueda y tras varios intentos infructuosos de comunicarme con la Fundación Alejo Carpentier, encontré la dirección electrónica de la Señora Graziella Pogolotti actual Presidente de la Fundación. He tenido una gentil respuesta y una generosa colaboración de la señora Pogolotti, quien tuvo la deferencia de enviarme escaneados los documentos relacionados con la autoría de Macedonio que se conservan en ese archivo. Se trata efectivamente de “La novela que comienza”, pero no es el manuscrito sino las pruebas de imprenta, listas para la edición. Se inicia lo rescatado con la página 9 y concluye con la firma de autor de Macedonio Fernández. En páginas 9 y 25 figura un sello de la imprenta con la fecha “25/NOV/1931”, lo que coincide con la noticia de que se programaba la publicación para 1932, consignada también en la portada de las pruebas de imprenta.

¹ De acuerdo con información recibida de Carlos García, esta carta está erróneamente atribuida a Alberto Hidalgo en el *Epistolario* de las *Obras Completas*, y no a su esposa como corresponde.

Sin detenerme en las variantes y agregados que Macedonio introdujo de puño en el ejemplar de la Primera Edición de “Una Novela que comienza” en 1941, que bien podría fungir como texto-base para una investigación genética, pongo la lupa sobre la presencia de ISOLINA, en “letras de molde” como se decía antes, pronta para su publicación. Si este número de la revista *Imán* se hubiera publicado, el nombre primigenio de la chica de Buenos Aires, hubiera tenido ocasión de emerger de su confinación manuscrita y tal vez, ya no se hubiera podido cambiar el nombre por el de ADRIANA, como efectivamente sucedió en 1938. Tengamos en cuenta que *Adriana Buenos Aires* se publica recién en 1974. Por otra parte, vemos cómo el azar con sus “golpes de dados” no hace más que reincidir en muy diversas circunstancias, atentando contra la publicación de los textos de Macedonio. Entre esta posibilidad de 1931 y la escritura del texto, habían pasado unos diez años y respecto de la publicación de 1941 había transcurrido otro decenio. La dilación infinita del mercado editor afecta la intimidad del taller persistente en sus modalidades artesanales del pensar-escribiendo. La masa textual narrativa permanece en simultáneo hacerse, corregirse, mezclarse, un entramado imaginario, resguardado en el Museo-taller del artesano. Para cerrar citamos su propio testimonio en la ficción del *Museo*:

“En fin tuve una rabia de tres días por la última organización y revisión del desorden de esta novela: felizmente uso puño postizo y había guardado todos los que usé desde que comencé a pensarla; aproximadamente mil puños contenían todos los apuntes, además de mil veces una docena de libretitas y blocks y hojas sueltas; lo eché todo en un rincón de mi aposento y me tiré al suelo tres días desde que salía de la cama rabiaba y lloraba, y chillaba como cien veces: Última vez que escribo para publicar. ¡Hermoso trabajo escribir!”
(1993,10)

Referencias

Fernández Macedonio

(1941) *Una novela que comienza*. Santiago de Chile: Ed. Ercilla.

(1974) *Teorías. Obras Completas III*. Buenos Aires: Corregidor.

(1974) *Adriana Buenos Aires. Obras Completas V*. Buenos Aires: Corregidor.

(1976) *Epistolario. Obras Completas II*. Buenos Aires: Corregidor.

(1987) *Relato. Cuentos, Poemas y Misceláneas. Obras Completas VII*. Buenos Aires: Corregidor.

(1993) *Museo de la Novela de la Eterna*. Madrid: Colección Archivos N° 25.

García Carlos

(2000) *Correspondencia (1922-1939) MACEDONIO-BORGES*. Buenos Aires: Corregidor.

Piglia Ricardo

(2015) *La forma inicial. Conversaciones en Princeton*. Buenos Aires: Eterna Cadencia